

JOSE M.^a BLANCO-WHITE: «BOSQUEJO DE LA HISTORIA DEL ENTENDIMIENTO EN ESPAÑA DESDE LA RESTAURACION DE LA LITERATURA HASTA NUESTROS DIAS» U «OPRESION DEL ENTENDIMIENTO EN ESPAÑA», **VARIETADES O EL MENSAJERO DE LONDRES**, T. I, ENERO 1, 1824, N.º II, PP. 104-120.

El estudio de la antigua literatura Española, aunque agradable por el merito de algunas de las obras que nos quedan, es sumamente melancólico para quien toma interes en la suerte de aquellos reynos, y no permite que el orgullo nacional le perturbe la vista.

Pocos pueblos presenta la historia con disposiciones mas favorables para adelantar en la carrera de la civilización y finura que los Españoles que emprendieron y completaron el recobro de su patria ocupada por los Arabes. Al valor, que en los tiempos semejantes es qualidad comun a todo hombre bien nacido, y en que no excedian a las otras naciones de la misma época, unian una viveza y animación más sentada y menos volátil que la de los Franceses, y menos dispuesta a degenerar en ferocidad y traycion que la de los Italianos. Todo prometia bien en los Españoles del siglo trece. Fernando el

Santo, no solo les mostró la senda de la gloria militar, levantando la monarquía a un grado de poder, y estabilidad que nada le dexaba que temer de parte de la Morisma; sino echó los cimientos sobre que debía estribar la gloria intelectual de la nación. Ocupados en el progreso de sus armas, los historiadores Españoles han olvidado de pintar al vivo los talentos civiles de aquel varón verdaderamente grande. Mas al observar el brillo con que aparece su hijo Alfonso X, en punto a cultura, nadie que haya estudiado el orden natural de los acontecimientos morales, puede dudar que un reinado en que tanto floreció el saber, no pudo ser precedido de otro enteramente sumergido en barbarie. Asi es que en la misma historia de España hallamos, no obstante el descuido de los escritores, indicios mas que bastantes para sentar que San Fernando fue tan amigo del saber y de la literatura, que ni las fatigas de una guerra cóntinua, ni los afanes indispensables para arreglar el gobierno de las provincias recién conquistadas, pudieron estorvar su atención al cultivo del entendimiento. Dexando aparte la obra de las **Partidas** que él emprendió, la educacion que San Fernando dio a su hijo Alfonso X, llamado el Sabio, es prueba incontestable, si nó del saber propio, a lo menos del amor al saber, que lo animaba. El siguiente pasage sacado de la obra intitulada **De la Nobleza y Lealtad**, segun se halla manuscrita en la libreria del Escorial, da idea clara del caracter intelectual y moral del gran rey a quien, a mejor titulo que el de hacer milagros, se ha dado el sobrenombre de Santo.

«Despues que este Santo Rey (Fernando III de Leon) que ganó a Sevilla fue finado, regnó el Infant Don Alfonso su fijo primero y heredero.... Et porque a poco tiempo acaescieron grandes discordias.... por ende embio el Rey por los doce grandes Sabios é Filósofos que nombrára el Rey Don Fernando su padre para haver

su consejo con ellos. E porque dos de ellos eran finados embio a llamar a otros dos.... Et luego que ellos todos doce concurrieron, el Rey les demandó el su consejo... e ellos dixieronle sus consejos buenos et verdaderos, de que el Rey se tovo por muy bien aconsejado. E, despues que esto fue assi acabado, dixieron al Rey estos grandes Sabios: Señor, a nosotros parece que en sepoltura de tan alto e tan noble Rey como fue Don Fernando vuestro padre, que tanto servicio fizo a Dios, e que tanto ennoblescio e enriquescio los reynos, en ganar e conquistar, como él ganó e conquistó de los enemigos de la Fee; que la sepoltura deste bienaventurado Rey debe ser titulada de los dichos de cada uno de nosotros, porque la su santa e buena memoria finque por siempre. E el Rey Don Alonso les agradesció mucho este su decir por de ellos se mover a tan honrada obra, como esta era: e rogóles que le diessen por escripto los sus dichos porque los fiziesse poner en la su sepoltura de letras de oro muy ricamente obradas segund que a él pertenecia. E estos sabios dierongelo assi por escripto...» Si el pasage anterior prueba la estimacion en que San Fernando tenia a los sabios, el que voy a añadir manifiesta que a su gran valor y talentos para cosas de primera importancia, unia buen gusto y amor a las artes que adornan y afinan la sociedad. Alfonso, el Sabio, dice de su padre, en el libro llamado Setenario, «Pagabase de hombres cantadores; sabiendolo él fazer. E otrosy pagandose de homes de Corte que sabien bien de trobar e cantar.» El lector deberá acordarse que en aquellos tiempos los poetas, llamados **Trobadores**, gèneralmente unian el talento de componer versos al de ponerlos en música y cantarlos.

*Pérez Bayer, en una nota a Nicolas Antonio, *Bibliotheca Vetus*, t. ii, p. 88. Este es el origen de las inscripciones en Hebreo, Arabigo, Latin y Castellano que estan grabadas en el sepulcro de San Fernando, en Sevilla.

Al mismo tiempo que Fernando III civilizaba a Castilla y Leon, Jayme I de Aragon se distinguia entre los soberanos de Europa tanto por las victorias que le alcanzaron el sobrenombre de **Conquistador**, como por su saber y literatura. Aragon, contiguo a Francia, fundado por Franceses, y regido por leyes derivadas de las de los Francos y Normandos*, continuó por mucho tiempo en comunicacion con los Trobadores de la Provenza, y del Languedoc; y el arte de Trobar se hizo en él tan de moda, que los Ricoshombres se preciaban no menos de vencer en las Justas Poeticas que en las de a caballo. Jayme I fue uno de los Trobadores mas célebres de aquel tiempo; y, lo que es mas de admirar, halló lugar y sazón para escribir la historia de su reynado, y dar leyes a los pueblos que libertó de la dominación Morisca. Es cosa bien notable que, así como San Fernando en Castilla, supo inspirar tal amor al saber que Alfonso, y Sancho**, su hijo, y su nieto, ambos fueron escritores; del mismo modo Jayme dexó a su hijo Pedro III y a su nieto Alfonso III de Aragon, igual herencia de honor literario.

De tales semillas debian esperarse grandes frutos, en campo tan fértil como es el ingenio Español. Mas por desgracia de aquellos reynos, y de todos los que, en el discurso de los tiempos, habian de agregarseles, la carcoma se alojó en la raíz; y bien pronto se vio que la planta se marchitaba al paso que el fruto aparecia en flor.

La causa de este mal está bien a la vista de qualquiera que sin preocupacion estudie el caracter del gobierno civil y eclesiastico que, desde la cuna de la monarquía, ha existido hasta nuestros tiempos. El entendimiento humano ha estado en completo vasallage en todos los dominos de España. Todo Español se ha visto obli-

gado a pensar, ó por lo menos, a hablar y escribir con arreglo a ciertas fórmulas y principios establecidos, só pena de los castigos mas enormes que se conocen en la sociedad humana —prisiones, confiscamientos, infamia, tormentos, y muerte.

Esta es una verdad de hecho: no lo es menos, que las resultas de semejante sistema son, entorpecimiento de las facultades mentales; miedo continuo de exacerlarlas; disgusto secreto que corroe a todo entendimiento activo; ventajas indebidas de qualquier cabeza estólida que se dedique a los estudios establecidos por ley, sin que le ocurra ni en sueños el dudar de su verdad; estudios secretos de materias prohibidas que hacen fermentar los animos de los que se atreven a proseguirlos; y opiniones extravagantes y extremosas que amenazan destruccion y ruina a quanto existe en la sociedad, bueno, malo, y mediano. No entremos en disputas politicas ni religiosas. Si se concede que lo dicho es verdad, estoy contento. Mas haré: tomando la parte contraria, expondré los inconvenientes de la libertad de pensar, y no dudaré admitir que las disputas religiosas, a que generalmente da origen, encienden los animos; y si el gobierno toma parte en ellas, ponen en peligro su existencia: que en donde se permite a los hombres censurar la conducta pública de sus superiores, es mas difícil y pesada la carga del gobierno: que hay espíritus malignos que se deleytan en tildar quanto se hace; y que a veces, se valen de la libertad general con dañada intencion y proponiendose revolucionar al estado, con objeto de su propia ventaja y adelantamiento. Veamos, empero, las compensaciones de estos males que trae consigo este estado de cosas. Si hay hombres dañinos y dispuestos a transtorno, también los buenos y honrados que aprecian la libertad intelectual que gozan, se esfuerzan en defender el gobierno en cuya existencia está cifrada. La causa é intereses de la verdad no pueden prospe-

rar sino baxo un systema legal de libertad intelectual; porque el error es multiforme; mas la verdad, una y sencilla. Si no se dexa que la razon humana discuta, examine y acrisole las doctrinas de todas clases que se presentan en el mundo; los errores se reconcentran en sus guaridas, acrecentando de dia en dia la degradacion de los pueblos que les dan asilo. Figurémonos (lo que, por desgracia, la realidad de las cosas nos presenta demasiado al vivo) que cada pueblo y nacion establece una tyrania intelectual segun sus habitos, costumbres, y preocupaciones. Supongamos un systema inquisitorial en cada uno de los estados soberanos del mundo, a imitacion del de España. ¿Cuyas seran las ventajas? ¿Del error o de la verdad? Ciertamente del error; porque, aun quando se suponga, un imposible, que la verdad se halla pura y sin mezcla en algun pueblo del mundo, el error domina en todos los otros. Es pues claro y evidente que, o la tierra se ha de inundar en sangre segun que los pueblos mas poderosos se empeñen en propagar su proprio systema, por fuerza; o, si los gobiernos se convienen en conservar en pupilage cada qual a sus subditos, los intereses mas sagrados de la humanidad serán para siempre como una Loteria, en que todos los premios se hallen reunidos en una sola cedula, o, por mejor decir, en que todos los jugadores arriesguen hasta el último maravedí de sus caudales, en favor del unico afortunado. Tal es el juego desatinado y loco, a que la intolerancia quiere reducir al mundo, quando, tal es la riqueza de la verdad, que, como la luz, solo con dexarla libre, se puede propagar de unos en otros sin que pierda nada el que la comunica.

Mas volvamos a los hechos, y veamos quales han sido las resultas de la tyrania intelectual en España.

Tres fueron las fuentes de que España derivó los principios de su cultura. Los Poetas Provenzales le comunicaron el

*Vease mas adelante el Artículo sobre la Historia de Aragon.

**Vease la lista de las obras de Sancho, llamado el Bravo, en Nicolas Antonio, *Bibl. Vetus*.

gusto a las artes de placer: Las Escuelas de Boloña le dieron Jurisconsultos, y las de París, Teólogos. Las tentativas en Poesía fueron anteriores a los estudios serios de las otras dos clases; y si el talento nacional que produjo el Poema del Cid, en el siglo XII, como es probable, no se hubiera dedicado a objetos mas aridos y esteriles, si los pueblos modernos no hubieran tenido por su desgracia los dos chupones, Teología Escolastica, y Ciencia Canónica, que le consumieran el jugo vital, y hubieran podido, desde el principio, dedicarse, como los Griegos, a las artes de imitación; España, tal vez, tendria al presente poetas, y prosistas que compitiesen con los de la antigüedad. Pero la opinión de que todo saber que no pertenezca a una de las **Facultades Mayores** era inutil y despreciable; se apoderó muy temprano de aquel pueblo.

Deseoso de propagar lo que creia verdadero saber, el Cardenal Gil Carrillo de Albornoz, a quien la tyrania del rey Don Pedro el Cruel habia obligado a refugiarse a la corte Pontificia, que estaba en Aviñón; fundó el Colegio de San Clemente de los Españoles, en Boloña, antes de mediado el siglo XIV. «A este Colegio, no menos que a las escuelas de París, dice Nicolas Antonio, concurrió nuestra juventud por dos siglos, quando entre el ruido de las armas, estaba la España aun ignorante de las buenas Letras; y de alli sacó alumnos eminentes*.» ¿Y qué traxeron a su patria estos alumnos eminentes? Cadenas y grillos para el entendimiento de sus paysanos: desprecio de todo lo que ellos ignoraban, y fé a ojos cerrados en lo que les habian enseñado en Italia, donde el empeño principal de la autoridad eclesiástica, era extender su poder, ya que no podian por armas, por medio de opiniones y doctrinas.

La Europa no presenta un quadro de esclavitud intelectual mas horroroso que

el que descubre la historia de España. La guerra continúa con los Moros, naturalmente habia preparado los Españoles para el mas feroz fanatismo. Las ideas de honor y nobleza se habian unido intimamente a las de Fé y Religion*. Desdoro e infamia eran inseparables de qualquier creencia que no fuese la de los Españoles. Los Moros por su enemistad nacional, y los Judios por la envidia que causaban sus riquezas, y el odio que sus usuras producian; eran mirados como enemigos declarados del cielo, y baldon de la humanidad. Bien pronto se valieron los primeros inquisidores de esta ocasion para confundir con Moros y Judios a todos quantos se atrevian a dudar qualquier punto de sus doctrinas y systemas; y la **Heretica pravedad**, se vio con igual poder de contaminar la sangre, que el descender de qualquiera de las dos razas malditas. Infeliz, desde entonces, el Español que quisiese usar de su propia razon: aun mas infeliz el que se atreviese a manifestar la ignorancia y estolidez de los que tomaban por su cuenta el pensar por todos los demás! Desde aquel punto todos los estudios, a que las Universidades no destinaban una borla Doctoral, fueron mirados como sospechosos: todo libro, escrito en language inteligible, debia ser o prohibido o expurgado; la ciencia de la naturaleza indicaba pacto con el Diablo, y un Matemático era el Diablo encarnado. Todo el mundo sabe la persecucion contra el Marques de Villena, no obstante su emparentamiento con los reyes de España; y nadie debe ignorar que su costosa libreria fue entregada a las llamas, en 1434, por sentencia definitiva del confesor del rey Don Juan el Segundo. Tal espiritu reynaba en la epoca en que la Literatura Española hizo uno de sus mayores empujes, como planta que quiere desple-

garse en terreno feraz, apesar de impedimentos externos.

Cierto buen gusto se habia introducido con el falso saber que los estudiantes Españoles traian de Italia. Juan de Mena, el Bachiller de Ciudad-Real, y el Cronista de Don Alvaro de Luna, muestran bastante conocimiento de los autores clásicos Latinos, especialmente el primero. En dias de estos literatos se halló el arte de imprimir: acontecimiento de mayor importancia para el género humano que quantas revoluciones han erigido y derrocado imperios. No puedo decir en que año se introduxo la imprenta en España; aunque creo que fue muy poco usada hasta el reynado de Carlos V. Mas, sea esto como fuere, lo cierto es que el arte de multiplicar los escritos, en vez de ser apadrinado por las autoridades Españolas, fue siempre mirado con odio y sospecha, especialmente por el clero. Las quemas de manuscritos habian sido demasiado frecuentes, para que los que las promovieron y executaron puedan suponerse dispuestos a patrocinar la circulacion de impresos, cuya multitud de exemplares hacia muy dificil, o moralmente imposible el destruir obra alguna, de una vez. Mas el zelo feroz del gobierno y clero Español contra libros* (¡ojala que no tuvieramos que añadir, y sus autores!) no se desplegó hasta que Carlos V, mas por motivos políticos que religiosos, se empeñó en sofocar la secta Luterana, en su cuna. A Carlos V se siguió su hijo Felipe II —el monstruo mas odioso de orgullo, egoismo, hipocresia, y fanatismo, amalgamados, que el cielo permitio jamas para castigo de todo un pueblo, y sus descendientes por generaciones sin fin. Baxo su dominio, la Inquisición llegó a tan alto punto de poder que casi se atrevia al autor mismo de su influxo. Las prohibiciones de li-

*Este y otros varios pensamientos sobre este punto se hallan expuestos por el mismo Autor en un Artículo del No. LVII del *Quarterly Review*.

*Vease la Historia de la Inquisición por Llorente, obra que, aunque no bien escrita en quanto a estilo y metodo, es un tesoro de hechos históricos de la mayor importancia.

bros apenas dexaban que leer sino las obras más despreciables, y absurdas. La pena que amenazaba a los infractores era por parte de la jurisdicción eclesiástica, excomunión y sospecha vehemente de heregía; y muerte y confiscación, por parte del gobierno. Este rigor no estaba limitado a los libros de los hereges Alemanes. Felipe II, y su Inquisición trataban de aplicar la segur a la raíz de todo saber que no fuese la Teología de los Inquisidores. Mientras menos leyese los Españoles, tanto mejor para el Clero, y el Gobierno. Los hombres verdaderamente sabios, que, en las Universidades extranjeras, se habían dado al estudio de las lenguas antiguas, y empezaban a propagar la verdadera erudición, unos se vieron sepultados en calabozos, otros tuvieron que sellar sus labios y disimular quanto sabían. Luis Vives se quejaba a Erasmo en 1534, de que «el tiempo en que vivía era difícil en extremo, y tanto que no podían decir qual era más peligroso, si el hablar o el callar.» Si esto acontecía a los literatos de profesión, las personas legas, aficionadas a lectura, no se hallaban en mejores circunstancias. Santa Teresa de Jesús, cuya santidad no le excusó estar encerrada en las cárceles de la Inquisición, cuenta, en su Vida, que los edictos publicados contra libros, la habían dexado sin nada que leer en Castellano. Los efectos de un plan tan feroz y bárbaro aparecieron sin tardanza. Los hombres de primer orden, que, por medio del cultivo de la literatura Griega y Romana, habían empezado a plantear la mejora de los estudios en las Universidades de España, se arredraron atemorizados, desde que vieron que la afición al Griego y los autores clásicos antiguos, los hacía sospechosos. En pocos años, las cátedras establecidas para la enseñanza de las lenguas sabias se vieron sin discípulos; y en el reinado de Felipe III, se miraba como un prodigio al que entendía la lengua Griega. Las ciencias naturales y exactas, que varios Españoles habían em-

pezado a cultivar con ardor desde el reinado de Fernando é Isabela, se hallaron no solo sin patrocinio, sino envueltas en la general sospecha con que los Teólogos miraban todo lo que no entendían. El sabio y excelente Jovellanos hablando, en su Discurso sobre la Ley Agraria, del desden y despego con que Felipe II miró las observaciones y medidas trigonométricas que el Maestro Esquivel había executado para construir un Mapa general de los dominios Españoles, concluye con las palabras siguientes: «Después acá, perecieron estos importantes estudios, sin que por eso se hubiesen adelantado los demás. Las ciencias dexaron de ser, para nosotros, un medio de buscar la verdad, y se convirtieron en un arbitrio para buscar la vida. Multiplicaronse los estudiantes, y con ellos la imperfección de los estudios; y a la manera de ciertos insectos que nacen de la podredumbre, y solo sirven para propagarla, los escolásticos, los pragmáticos, los casuistas y malos profesores de las facultades intelectuales, envolvieron en su corrupción los principios, el aprecio, y hasta la memoria de las ciencias útiles.»

La decadencia del buen gusto y del saber fue tan rápida, en España, que el siglo XVII en que floreció Cervantes, gloria de la nación, se mira como la época de su ruina. La verdad es que a la aurora del saber se siguió, casi sin intermedio, una noche oscura y tenebrosa. La España vio aparecer hombres de grandes talentos, que pasaron como exhalaciones brillantes, sin dar tiempo a que los ojos del público se acostumbrasen a la luz. Los mejores escritores se formaron el gusto en Italia. La impresión que hicieron en sus paisanos fue pequeña, casual, y pasajera. Si la fama de Cervantes creció de día en día en su patria, no fue tanto por el arte exquisito con está escrita su obra, como por lo divertido de su asunto. La prueba de esto se halla en la admiración con

* Jovellanos, Ley Agraria, § 324.

que, al paso que todo el mundo reía con el Quixote en la mano, daban el nombre de Fenix a Lope de Vega, autor tan inferior a Cervantes, que casi no puede entenderse como hay quien lo sufra después de haber leído las obras del verdadero Fenix de España. El gusto del público continuó depravándose de día en día, hasta que, en el reinado de Carlos II, la España se vio sumergida en la ignorancia y degradación mental más lamentable. Abrase por qualquier parte la Biblioteca de Nicolás Antonio; léanse los títulos de las obras contemporáneas a las pocas en que con razón se glorian los Españoles, y se verá que lo malo y despreciable predomina de modo que apenas puede darse el nombre de nacional a lo bueno. Los escritos de mérito son como plantas exóticas, que brotaron a fuerza de vigor interno, y apesar de la atmósfera pestilente en que se hallaron plantadas. Lo demás es un matorral confuso de espinas y yerbas ponzoñosas; producto natural de la feracidad del terreno, depravada por el influxo de la tryania.

Un solo ramo de literatura quedó, en algun modo esento de este maligno influxo, y ese es el unico, que siendo verdaderamente nacional, es decir, no efecto exclusivo de talento y de la educación extranjera de los autores, sino de la *sympatia* de los escritores con el público, y del público con los escritores; abunda en mérito y belleza: quiero decir, las comedias del tiempo de Felipe IV. La afición de aquel monarca al teatro abrió una puerta al ingenio Español en que no se hallaba ni Inquisidor, ni Familiar por centinela; y esto bastó para que apareciese una multitud de escritores dramáticos, todos de un mismo estilo, y casi ninguno falto de mérito: prueba evidente que la escasez de buenos escritores en todos los demás ramos, se debió a la falta de estímulo, y, mas que a esto, a la opresión en que se hallaba el entendimiento humano en España.

Ahogadas en la nación las semillas del saber, al concluir el reinado de Carlos II, el establecimiento de la familia de Borbon en el trono de España, presenta una nueva época intelectual, en aquel reyno; aunque en mi opinión, no mucho más feliz que la antigua. Felipe V, acostumbrado al esplendor y magnificencia de la Corte de Luis XIV, y envanecido con el mérito, en gran parte real, y en alguna ponderado, de los escritores que la adornaban; no pudo llevar en paciencia el estado miserable de la literatura Española.

Apenas se halló asegurado en el trono quando trató de poner en comunicación con los literatos de Francia a los pocos Españoles que conservaban algún saber y buen gusto. Estableció las Academias de la Lengua Española, y de la Historia, a imitación de la Francesa, y la de las Inscripciones. Protegió al Diario de los Literatos, y promovió la publicación de otras obras históricas y misceláneas. Pero aunque de este modo se empezó a formar un partido Literario, que en el reinado siguiente produjo un grupo de escritores muy respetable, la masa de la nación continuó en la más completa ignorancia; ó lo que es peor, entregada ciegamente a unos estudios bárbaros, que confirmaban la depravación del entendimiento nacional hasta el punto de hacerlo incurable. La causa de esta desgracia es idéntica con la que se ha sentado desde el principio, en este Ensayo —la tiranía mental en que han nacido, vivido, y envejecido los Españoles desde que la nación ganó el ascendiente, sobre los Moros; quienes (con vergüenza y dolor lo digo) eran mucho más tolerantes que ellos.

Felipe V tuvo en su favor a la Inquisición, durante la guerra en que disputó el trono. Esta desgraciada ocurrencia lo movió a conservar y proteger a aquel tribunal, enemigo de la ilustración, y natural apoyo de la tiranía. Los autos de fe generales y públicos celebrados en España y sus colonias, en el reinado de Felipe V,

fueron setecientos y ochenta y dos; y el número de personas quemadas, un año con otro, en el discurso de dicho reinado, que duró veinte y dos años, fue como unos treinta y cuatro: es decir, que, baxo el monarca Frances, perecieron en las llamas setecientas quarenta y ocho personas de ambos sexos.

Es verdad que las más de estas víctimas eran judaizantes, y nada tenían que ver con los libros ni literatura. Pero ¿cómo es posible que donde existe un tribunal que condena a la pena de fuego a los que no se conforman con la creencia de los jueces, pueda nadie dar alas a su entendimiento en materia alguna? Todo el saber humano está enlazado de modo que no es posible romper los eslabones que nos conducen de una en otra idea, en un círculo o cadena interminable.

Además, los Teólogos Escolásticos, llenos de la importancia de su ciencia, se han arrogado en todo tiempo la autoridad de decidir en todas materias. Acordémosnos de las juntas de Teólogos convocadas para decidir sobre los planes del gran Colón, y la posibilidad de que existiesen Antipodas. Volvamos la vista a Galileo, de rodillas ante los Inquisidores de Roma, desdiciendo el systema astronómico, que había demostrado con certeza matemática. Aun en tiempo del que escribe este Bosquexo se enseñaba el systema Copernicano en las Universidades de España, baxo la protesta de que era falso, y solo se permitía como hipótesis. ¿Hay acaso materia alguna científica ó literaria en que la Inquisición no pueda, directa ó indirectamente, entremeterse? Lo que se llamaba Filosofía en las Universidades, hasta más de mediados del siglo pasado, la xerga ininteligible a que daban el nombre de Física; se había hecho basa fundamental del dogma, y hasta en nuestros días, se ha mantenido que las **formas substanciales** de Aristoteles eran indispensables para defender el misterio de la Eucaristía. Si Cavendish y Lavoisier hu-

bieran descubierto la composición del agua baxo el dominio de la Inquisición de España en toda su fuerza, tal vez habrían sido expuestos con coraza en un auto de Fe, y condenados a hacer penitencia en un convento, por decir que la **materia** del Santo Bautismo, es un mero compuesto de dos gases (viento y nada más) destruyendo de un golpe todas las alegorías, y razones que han dado los autores, de que el Bautismo se hiciese con un cuerpo elemental, y no compuesto —con agua y no con vino. Por lo que hace a Literatura, la tiranía inquisitorial no tiene más límites que la del poder del tribunal, y el capricho de los Censores. Tiempo hubo en que hasta los Poetas se vieron obligados a hacer una protesta de fé declarando que, aunque las costumbres y usos del Parnaso les hacía invocar a Minerva, en lugar de la casta Susana, y a las nueve Musas, en vez de las once mil vírgenes; no lo hacían de corazón, sino por vía de licencia poética.

De semejantes absurdos, y de opresión tan intolerable no tiene la culpa de la Religión; tiénela, sí, el orgullo individual de los que, baxo la capa de zelo por la Fe, tratan de conservar el respeto del pueblo, encubriendo su ignorancia. Entanto que no baxen ángeles para decidir entre las opiniones diversas de los hombres, qualquiera a quien se le encargue el hablar a nombre del cielo, no será más que el oráculo de sus propios deseos, y pasiones. El Calificador del Santo Oficio que toma en las manos un libro que destruye el edificio de papelón que a costa de tres cursos de Filosofía, y cinco de Teología, amén de las Conclusiones anuales, ha erigido en su cabeza; dará qualquier cosa por tal de hallar que la obra está llena de proposiciones ofensivas de las orejas pías; lo qual es sumamente probable si se considera la música a que tales orejas están acostumbradas.

Exemplares de esta persecución de todo lo que no pertenece al dominio científico de las Cátedras de Prima, se hallan,

sin número, en las épocas de Carlos III y IV. El que quisiese saber los nombres de los escritores, y hombres de merito que han, no diré florecido porque baxo tal systema es imposible, sino despuntado en España; busquelos en los libros de la Inquisicion, o lo que es lo mismo, en la lista que de ellos ha sacado Llorente. Allí hallará a Azara, Ricardos, Bails, Cañuelo, Clavijo-Faxardo, Iriarte, Samaniego, Vicente, Salas, Tabira, Calzada, Jovellanos, Urquijo —en una palabra, a quantos se han atrevido a saber mas, o con mejor gusto que los Inquisidores. Y no se crea que esto ha sucedido solo desde que se introduxo el gusto a la Filosofia Francesa. La misma lista presenta los nombres de quantos Teologos se apartaron de la senda Escolástica, en los reynados de Carlos V y su hijo Felipe.

Los reyes de España, y sus consejeros se han lisongeado por mucho tiempo con la idea de que la Inquisicion y su systema de pupilage era el método mas seguro de conservar la paz interior de sus reynos. ¡Ilusion miserable! Entanto que el semblante de sumision y obediencia aparecia por toda la faz de España y sus colonias; se formaba secretamente y casi sin que nadie lo percibiese, un partido **intelectual** o de opinion, enemigo irreconciliable del establecimiento político, que solo requeria oportunidad para conocer sus fuerzas. Hallóla en la invasion de Bonaparte, y en breve se vio que la España se hallaba dividida en dos porciones, de gentes tan diferentes en miras y opiniones, que las personas reflexivas empezaron a dudar del resultado de la feliz resistencia a las armas Francesas. No haré aqui la pintura de la época que siguio a este esfuerzo, ni declararé mis temores del porvenir, porque no quiero lastimar a nadie, y solo aspiro a dirigir acia el bien a los que se hallen en proporcion de obtenerlo. Pero la naturaleza de mi asunto me obliga a llamar la atención de los lectores a las resultas del systema que se propone enfreñar

y detener al entendimiento humano en su carrera. Vease lo que ha acontecido en España: la separacion absoluta é irreconciliable de una multitud de ciudadanos; los odios mortales que existen, y crecen cada dia, de modo que toda esperanza de tranquilidad es vana, hasta que uno de los dos partidos haya subyugado completamente al otro. ¿Quantos males y horrores se hubieran evitado si, en vez de obligar a los Españoles a cerrar sus labios, a no ser que fuese para decir amén a lo que se les dictaba, les hubiesen permitido hablar y escribir con moderacion sobre todas materias? Poco a poco y sin violencia se hubieran acostumbrado unos y otros a la mutua tolerancia que exige la naturaleza de la sociedad humana, en que el orden, el sosiego, y la felicidad dependen de concesiones mutuas; y donde toda autoridad que no se dirige a conservar las propiedades y vidas de los ciudadanos, toda fuerza y compulsion que se emplea en someter hombre a hombre, como no sea con el objeto directo de defender estos dos objetos; destruye los lazos de fraternidad, y convierte a los estados políticos, ora en cáfilas de esclavos con cómitres que los tengan sugetos, ora en campos de batalla donde el furor y el odio llevan la bandera.

¿Será posible que la lengua en que esto se escribe, esté destinada para siempre a no expresar mas que ideas que el mundo civilizado no puede oír sin desden? ¿Se verá, para siempre, obligado el que la hable desde su niñez, a quitarse la mascara, quanto salga de su patria, a avergonzarse de que lo tengan por Español de la calidad y opiniones que exige su gobierno —que la España política exige?— En Europa mis consejos serian en valde: tal vez les den oídos al otro lado del Atlántico, no porque valgan mucho, sino porque proceden de parte desinteresada.

No hay pays Español (llamó asi a quantos hablan la lengua de Castilla) que no necesite una reforma completa: comple-

ta, digo, no violenta, ni inconsiderada. El remedio se debe aplicar a la raiz; pero sin arrancarla. Sin alumbrar los entendimientos, afinar el gusto, y elevar el tono general de la opinion pública; en vano se hacen constituciones y se publican leyes. Las unicas que pueden recuperar a una nacion decaida son los que exciten, o fomenten el primer deseo de tomar el camino derecho, e indiquen el mejor y mas cercano. Mas, esperar que entanto que un error fundamental, que corrompe todas las facultades, e impulsos del hombre, está carcomiendo a la sociedad, ha de mejorarse esta por medio de leyes y estatutos que solo atacan los efectos secundarios del mal original y primitivo; es armar de acero los pies y los brazos, ofreciendo el pecho desnudo al enemigo. Donde el entendimiento esté en cadenas, ninguna reforma puede prosperar. Los primeros derechos que el hombre de sociedad debe defender son los de pensar libremente, y manifestar sus pensamientos por acciones que no perturben el orden. Pero adonde se requiere que un hombre disimule sus opiniones porque el orgullo del partido dominante se resentiria de lo contrario; nada puede esperarse sino poquedad, y vileza de animo, incertidumbre de principios y normas de conducta, caracter variable, o nulo, mala fé, falta de verdadero honor, e infame hypocresia. Lo más que puede pedirse a un hombre de bien, en consideracion a la violencia de la preocupaciones existentes, y para no abrir la puerta al fanatismo de innovacion; es que se abstenga de atacar lo que se hallare establecido. Semejantes miramientos son sacrificios indispensables a la imperfeccion de las sociedades humanas. Pero, donde el partido mas fuerte no se contenta con esto, sino que exige un tributo de disimulacion é hypocresia; allí no hay patria: Huya de tal suelo el hombre honrado.

Si los Americanos Españoles logran establecer esta libertad intelectual o moral

(llamase como quisieren) el camino de mejorar su condicion, y elevarse en la escala de la civilizacion les está abierto. Quitado que sea el grande é insuperable obstáculo de la tyrania intelectual, deben considerar atentamente los medios directos de su adelantamiento, para no atropellar nada, ni alzar nuevos estorbos a su progreso.

Si es que se perdona a la buena intencion de un particular sin título alguno a revestirse del caracter de maestro, el atreverse a dar consejos a pueblos enteros; los que yo propondría a los Americanos son los siguientes. I. El no entregarse exclusivamente a las ciencias físicas y prácticas, con abandono de la Literatura antigua. El descuido en que por tantos siglos ha estado este ramo de saber, en España, y por consiguiente en sus colonias, hace que los Españoles de ambos mundos tengan en poco su importancia. Mas, si consideran atentamente este punto, no dudo que reconocerán su engaño.

El saber, de todas clases, es una especie de herencia que, desde tiempos de que no hay memoria, se ha transmitido de unos pueblos en otros, creciendo unas veces a favor de las circunstancias, menguando en otras ocasiones, y perdiéndose casi del todo en varias. En tanto que se conserva esta herencia en un pueblo, no es difícil el mejorarla; pero la nacion que la pierde del todo, difícilmente logra acumular nuevo caudal de esta especie. Esto acontece mas con la Literatura o Bellas Letras, que con las Ciencias. La sencillez y uniformidad de los principios, en estas, aseguran buen suceso en su estudio, al punto que se emprenda con actividad y perseverancia. No así en las artes que tienen por norma al buen gusto; pues como esta regla es infinitamente complicada é incierta, una vez corrompida en una nacion entera, no hay esperanza alguna de que por sí la recobre.

El valor e importancia de los escritos, Griegos y Romanos, que las naciones mo-

dernas miran como modelos, no consiste en su eloquencia, o poesia, segun que, en uso vulgar, se entienden estas voces. Los autores antiguos son eloquentes, en prosa y verso, porque sus expresiones son copias exáctas y vivisimas de los sentimientos mas elevados del corazon humano. Por una combinacion felicisima de circunstancias, que no estan en poder del hombre, los Griegos sacaron estas copias perfectas de la naturaleza; y, siguiendo sus pisadas, los Romanos lograron emularlas. La prueba de la perfeccion de estas obras se halla en la admiración que por tantos siglos han logrado de quantos pueblos han estudiado las lenguas en que estan escritas. Si la norma de la belleza ideal es la naturaleza, no desfigurada por el capricho y gusto pasajero de ciertos pueblos, sino tal qual domina en el corazon, y dicta los afectos de toda la especie humana; no puede dudarse que se halle copiada al vivo adonde todos reconocen su retrato.

El pueblo que, pudiendo consultar estas copias de la naturaleza universal e invariable, se dexa llevar de las modas pasajeras que influyen el gusto público, y lo hacen variar cada dia; se expone a perderse en un laberinto de extravagancias. Mas ¿Porqué no recurrir en derechura a la naturaleza? —Porque es en extremo difícil el distinguir lo que es verdaderamente natural de lo que es solo efecto de las instituciones humanas; y muy facil de confundir lo que agrada a la sociedad en que vivimos, con lo que debe ser capaz de dar placer a todos, en todos tiempos. No es esto decir que los modelos antiguos se han de imitar servilmente; sino que deben estudiarse para aprender a copiar la naturaleza, como sus autores lo hicieron, con atencion al tiempo y las circunstancias.

Se dirá tal vez que los estudios que aqui se recomiendan son de poca importancia para la felicidad pública. —Es cierto que lo serian si la verdadera finura de cos-

tumbres, si la elevacion y dignidad en el modo de pensar, si el gusto delicado que distingue entre las virtudes sociales, y los vicios que se les parecen, fueran de poca importancia. Mas, nadie dirá que lo son; y, por otro lado, es muy facil probar que el estudio de las Bellas Letras contribuye en extremo al fomento y perfeccion de estas qualidades. La utilidad de las ciencias físicas y practicas es indudable; pero el pueblo que se dedique a ellas, con entero abandono de la Bella Literatura, hallará, aunque tarde, que se ha quedado muy atrás del punto de civilizacion, y vigor mental a que han llegado a otros cultivando igualmente ambos ramos.

Si el predominio tyránico de la Teologia Escolastica, y las sospechas que una grande aficion a las lenguas sabias despertaba entre los Inquisidores de España en tiempo de Felipe II, no hubieran desaminado su estudio: si poco despues de haberse fundado Colegios para el estudio de los autores clásicos Griegos y Romanos, no se hubieran convertido en meras escuelas de una miserable gramática, donde la juventud de las clases inferiores y medianas aprendiesen lo bastante para entender el Breviario; la España no se habria visto jamas en el estado vergonzoso de ignorancia en que se halló a fines del siglo XVII. Adonde, como sucede en el pays en que esto se escribe, ninguno se mira como hombre bien educado, a no hallarse instruido mas que medianamente en los autores antiguos; hay una barrera insuperable contra las pretensiones orgullosas del falso saber que ha arruinado a la literatura de España. El hombre que ha bebido el espíritu de las grandes obras de la antigüedad, miraria con asco la miserable enseñanza de las que se llaman facultades mayores, a no ser que los que las enseñan mejorasen su metodo, y su lenguaje. Pero si se abren las puertas de las Universidades a jovenes sin la menor cultura intelectual, y se les pone en las manos una filosofia semibarbara; pasarán a

las demas facultades con un entendimiento debil y ofuscado, y saldrán hechos Doctores habiendo, en el discurso de su carrera, perdido el sentido comun que sin tales estudios hubieran conservado.

La entrada a la profesion Literaria no debe hacerse facil. El interes del Estado es que nadie se dedique a ella a no ser que tenga caudal y medios suficientes para mantenerse con decencia hasta que pueda ser empleado con utilidad pública; ó posea talentos tan decididos que ninguna dificultad pueda hacerlo desamparar el umbral de las Musas. Hagan los Americanos dificil, y lenta la preparacion para los estudios mayores que hasta ahora ha sido tan rápida y tan facil. Exijan un exámen rigoroso de Latinidad, por ahora, y de Griego, quando tengan oportunidad de promover su enseñanza. Establezcan en las Universidades clases mayores para el estudio, no meramente del mecanismo de estas lenguas, que los matriculados deberan saber; sino de los escritores antiguos como poetas, filosofos, o historiadores. Los jovenes podrian, al mismo tiempo, y en el espacio de dos años, aprender los elementos de Algebra y Geometria; y habiendo sufrido otro exámen en todo esto, se les permitira pasar a los estudios de Teologia, Leyes, Canones, o Medicina. Por este medio lograrían, en pocos años, purificar su tierra de la plaga de graduados ignorantes, que son el mayor obstáculo al progreso del entendimiento humano en todas partes del mundo, y tropas auxiliares del despotismo mental, del mal gusto, y de la orgullosa ignorancia.

II. Otro consejo quiero dar; y concluyo. El disgusto que los estudios de las Universidades producen en los Españoles que por casualidad abren los ojos lo bastante para entender su atraso, y la escasez de libros elementares en su propia lengua, los hace recurrir a la Literatura Francesa, cuyo idioma aprenden a entender con facilidad. Del gran mérito de los principales autores de aquella nacion, de

la elegancia y claridad con que hasta los mas medianos escriben, y del poco trabajo y cansancio que casi todos dan a sus lectores; nadie puede dudar que los haya leído. Pero si merece algun crédito un hombre que pasó su juventud en estudiar la Literatura Francesa, y mas de trece años de la edad madura en la de Inglaterra (tal ha sido la suerte del que esto escribe); es desgracia notable de los Españoles que la dificultad de aprender la lengua Inglesa los haga recurrir exclusivamente a los autores Franceses, cuyo defecto capital, es la superficialidad. No hablo de los escritores de materias científicas, y especialmente Matematicas. Pero en las Morales y Politicas son guias de que nadie debe fiarse; no porque les falte ingenio e instruccion, sino porque la Francia no ha estado jamas en estado de producir obras superiores en estas materias. Antes de la Revolucion, los Franceses escribian baxo el yugo de un gobierno despótico, que amenazaba con la Bastilla a qualquiera que le diese enojo. Los autores mas celebres, como Voltaire y Rousseau, escribian en un estado de irritacion perpétua, con la idea fixa e invariable de vengarse de esta opresion por medios indirectos, y como a traycion; protestando respeto y sumision en tanto que, con el mayor artificio, solo trataban de arruinar aquello que elogiaban. Durante la Revolucion, los Franceses escribieron en una especie de frenesí, que aunque no es de extrañar, considerando la opresion en que habian vivido; no les dexaba hablar con el tino, e imparcialidad que se requiere en materias tan delicadas é importantes como Religion y Gobierno. Pero, aun quando no hubieran estado poseidos de la fiebre revolucionária, un pays en que la autoridad está cifrada en el monarca no puede producir buenos escritores en política. Semejantes autores, si hablan sobre puntos prácticos, tienen que acomodarse a la norma de su gobierno: si hallan modo de publicar sus ideas teoréticas baxo pro-

testas, ficciones novelezcas, o comentarios sobre los autores antiguos; lo que escriben son sueños —systemas que no pueden ponerse en práctica, a no cambiarse la naturaleza humana; e ilusiones que no pueden conducir a otra cosa que al descontento en tanto que no se prueban, y a un funesto desengaño, quando a costa de mil males se ha querido experimentarlas.

De las naciones modernas, solo la Inglaterra ha gozado de una libertad moderada en todos puntos, y casi ilimitada en quanto a la imprenta. Asi es que en solo este pays se han podido discutir completamente todas las teorías de gobierno, con tan pleno conocimiento de sus efectos prácticos, quanto puede nacer de una Monarquia en que existen los principios y elementos de los tres gobiernos, Real, Aristocratico, y Republicano. Solo aquí se ha permitido a los hombres «pensar como quieran, y decir lo que piensen»: y solo de los escritos de tales ingenios se puede aprender a pensar con solidez y discernimiento, con vigor y nobleza, sin disimulo ni hypocresia; sin violencia ni desenfreno. Si los autores Ingleses no aparecen tan claros como los Franceses, es porque son mas profundos. Nada es, al parecer, mas claro e inteligible que un systema ideal, en que el autor se desentiende de todas las dificultades reales del caso. Si nos atenemos a meras teorías, facil cosa fuera hacer creer a los hombres que con un par de alas, de tamaño proporcionado a su cuerpo, podrian volar, como águilas, hasta las nubes. La dificultad no está en imaginar las alas, sino en moverlas.

En fin, si a consejo que se tomen por guias estos ó aquellos autores extrangeros, estoy muy lexos de recomendar que se sigan sus pisadas servilmente. El grande objeto a que cada nacion debe aspirar es crear una literatura y un caracter intelectual proprio, y acomodado a sus circunstancias, aunque fundado en los principios generales e invariables de la natu-

raleza. Todo lo demas es afectacion, y no puede extenderse a la masa y cuerpo de la nacion. Empero como los buenos Artistas se valen de modelos antes de dar vuelo a su proprio ingenio; del mismo modo las naciones que se hallan atrasadas, deben empezar por el estudio de lo que otras han hecho y adelantado, procurando llenarse del espiritu de aquellas que mas se han distinguido entre las otras por la grandeza y elevacion de sus ideas, la nobleza de su caracter, y el amor a las virtudes que son la base mas firme de los Estados.